



¿Muerte o Libertad?

A Shane D'Souza difícilmente se le podía reconocer. Los guardias habían arrastrado su lacerado cuerpo por el piso, para sacarlo de su celda, y lo habían tirado sobre una sucia camilla. Había sido violado, golpeado, apaleado, cortado y maltratado de todas las formas posibles. Los charcos de sangre formaban grandes manchas púrpura en el frío pavimento. El camino marcado por la mutilación, se extendía por el oscuro corredor a medida que el cuerpo era trasladado hasta el ala donde se encontraba el hospital. El pequeño grupo de hombres se dispersó. Todos sabíamos quién era el culpable del ataque al joven de Sri Lanka; sin embargo, nadie dijo nada. A las autoridades del penal no les importaba, simplemente habría un reo menos –nos apodaban *fylakismenos*; en el ala B, pronto vendría algún otro a tomar su lugar. No habría investigación ni castigo para el culpable; no habría justicia para mi amigo.

Era un día de los tantos que transcurrían en la Prisión Central de Nicosia. Estábamos allí por ser asesinos, vendedores de drogas, narcotraficantes, pandilleros, pedófilos, ladrones, violadores, terroristas, y delincuentes de la peor calaña. Una mezcla miserable de depravación humana, en la cual desde el más afortunado hasta el peor de los desafortunados, resultaba unida en una “olla hirviente” de hedor en una cárcel chipriota.

Teníamos muchas reglas, pero no eran precisamente las impuestas por las autoridades. Cada uno vivía bajo un código de violencia necesario para sobrevivir. Siempre teníamos que cuidar nuestra

espalda; cada cual estaba solo y la sangre a menudo corría por razones que no iban mucho más allá de la diversión. Aun así, una clase de alianza surgió entre Shane y yo. Cuando vi lo que había sucedido, esto generó una oscura y peligrosa ira dentro de mí.

Al Capone- o "Alcaponey", como los griegos lo llamaban- era un ser despreciable. Nadie sabía su verdadero nombre; era uno de esos desviados mentales, enfermo criminal. Las cortes de justicia no contemplaban la opción de los asilos; se limitaban a abandonar a los sicópatas en medio de todos nosotros. Ellos encarnaban la ley por sí mismos. Alcaponey era uno de los peores, un chipriota bárbaro, solitario, que casi nunca hablaba su lengua nativa. Estaba cumpliendo una condena por asesinato y violación múltiple, era uno de esos "clase aparte". Mientras el resto de nosotros ocupaba el tiempo consumiendo drogas, en robos menores (básicamente cigarrillos y chocolates, productos que eran la base para conseguir dinero), y también las artes y artesanías ocasionales, Alcaponey pasaba sus días mutilando y violando a otros internos. Era un condenado a cadena perpetua, cuya misión era hacer de nuestras vidas un infierno.

El día que Shane fue mutilado, juré que tomaría venganza. Alcaponey medía treinta centímetros más que yo, levantaba pesas y sus brazos eran tan gruesos como mis muslos, pero sabía que lo podía vencer; sabía que podía matarlo tan sólo con mis manos, y hacerlo sufrir por cada golpe, por cada acto repugnante y sórdido, por cada gota de sangre de Shane.

En los días siguientes, corrió el rumor en la cárcel; todo el mundo sabía que yo estaba detrás de Alcaponey, no sería agradable, sólo esperaba a que llegara mi oportunidad. Pasaron aproximadamente dos semanas, y cada día crecía mi rabia y expectativa por el sufrimiento que le iba a causar. Matarlo no sería suficiente, iba a hacer que pidiera piedad antes de

enviárselo a los demonios. Yo era un campeón en Kung Fu de talla internacional, con la habilidad de reventarlo y deshacerlo en millones de pedazos; podía hacerlo fácilmente con mis manos, pero por esos días solía cargar una cuchilla; la mayoría de internos lo hacían. Las sacábamos de nuestras máquinas de afeitar y las escondíamos bajo nuestras lenguas, o en algún otro lugar donde no fueran fácilmente detectadas. Y no era porque los guardias molestaran mucho; algunos de ellos encontraban un placer sadista en el hecho, otros se hacían los de la vista gorda. A ellos qué les importaba si a un interno lo cercenaban o lo violaban con una cuchilla en su cuello. ¡Gammodi bastardos!

Repentinamente fui tirado contra la pared mientras los gritos de Alcaponey hacían eco por todo el oscuro y desolado corredor. Sentía rabia conmigo mismo por haberme dejado sorprender, pero la adrenalina corrió por mis venas, por fin, el momento con el demonio había llegado.

Sentía el hedor de su repulsivo aliento mientras apoyaba todo el peso de su enorme cuerpo contra mí, presionando su nariz contra la mía. Una cuchilla presionaba profundamente mi cuello, esperando cortar mi yugular. Inmediatamente agarré su rostro grasoso con mi mano izquierda, mi dedo pulgar estaba sobre la cuenca de su ojo listo para enclavarse. Luchamos cuerpo a cuerpo mientras yo rápidamente calculaba cada movimiento; sabía que iba a recibir una cortada que pondría en peligro mi vida, pero eso no importaba, ya nada importaba. Tal vez moriría, pero lo mataría primero. Quería su sangre, le hubiera fácilmente sacado el ojo antes de desprenderle su oreja con mis dientes, me hervía la sangre, pero de un momento a otro, algo sucedió; en el calor de esos resquebrajados segundos, de manera muy extraña, me hice consciente de una batalla de violencia en mí mucho más profunda. Poco tenía que ver con Alcapone. En esta sólo yo estaba involucrado. Fue como si algún nuevo nivel de conciencia estuviera debilitando los instintos arraigados que me habían

hecho el peleador que era. Mientras luchaba por enfocar mi atención en la oreja de Alcaponey, venía a mi mente la imagen de algo que había leído esa misma mañana: un hombre que fue arrestado injustamente, su amigo al defenderlo cortó la oreja del sirviente del acusador. La oreja de Alcaponey se encontraba a sólo centímetros de mi boca.

“Vamos Tony, sólo muérdelo, tú eres rápido, puedes arrancarla” me decía la voz de mi instinto.

“No, espera... todo el que a hierro mata, a hierro muere...” ¿De dónde provino esa voz?

“Vamos, ¡sólo hazlo! ¿Qué esperas?”; mientras tenía esa lucha interna, sentí que la mano de Alcaponey se aferró a mis testículos; de repente su diabólica y falsa sonrisa desapareció, mostró sus dientes podridos cuando mis dedos se hundieron en su cara, estirando y rasgando su piel, pero llegó la voz de nuevo:

“Vamos, ¿vas a dejar que te viole y te corte como a Shane?”

¿Qué me hacía detener? No lo sabía, continué agarrándolo fuertemente mientras su cuerpo me aprisionaba contra la pared, pero algo no me dejaba llevar a cabo mi próximo movimiento. Las dos voces en mi interior batallaron durante el tiempo que tomó a una gota de sudor deslizarse por el rostro de Alcaponey, pero para mí parecía una eternidad. Fue una reflexión que inmiscuía toda mi vida y retaba la esencia de lo que yo era; de la persona en la que me había convertido.

Yo sabía cuál voz era la que tenía que ganar. Pero, ¿y entonces qué? ¿Iba a dejar que me mutilaran tal como a mi amigo? O ¿podía realmente confiar en este nuevo nivel de conciencia, en esta nueva voz que parecía tan determinada, tan segura? De pronto, las palabras salieron de mi boca, palabras de calma, concisas, con autoridad. Alcaponey sólo hablaba griego, pero en el surrealismo del momento yo hablé en inglés; tan pronto pronuncié las palabras, exhalé y esperé.

Al segundo, sentí cómo el peso de una sacudida recorría el cuerpo de Alcaponey. Él temblaba y se le puso la piel de gallina; sus ojos sombríos miraban aterrorizados y me preparé para el ataque; de repente, mi cuerpo se enderezó mientras él me soltaba. Permanecimos a centímetros de distancia, mirándonos el rostro el uno al otro. Entonces, en un momento, él se dio vuelta y huyó. Lucía como alguien poseído, corría con sus manos cogiéndose la cabeza. Su grito helaba la sangre y rebotaba contra las paredes de concreto, mientras lo veía desaparecer en medio de la oscuridad. Me puse la mano en el cuello, y removí la cuchilla de mi piel. No me había dejado tan siquiera una marca.